

La decadencia de los Estados Unidos:
de la crisis de 1979 a la megacrisis del 2009

Pablo A. Pozzi
Fabio G. Nigra

Introducción

¿La democracia norteamericana?

Periodista: ¿Sr. Gandhi, qué opina de la civilización occidental?

Sr. Gandhi: ¡Pienso que sería una buena idea!

Pintada en una calle de Glasgow, Escocia.

La lucha en las internas del Partido Demócrata hizo que las elecciones de 2008 fueran, por lo menos, bastante más interesantes que las anteriores. La prensa se entusiasmó con el “primer candidato negro”, Barack Obama y su lucha contra “la primera mujer” Hillary Clinton. Ambos demostraban que lo peor del racismo y la discriminación había quedado atrás, ambos reafirmaban que Estados Unidos es “la tierra de la gran promesa”. Y lo mejor de todo, para el mundo en general, era que quedaba demostrado que George W. Bush* había sido repudiado en toda la línea. Como es habitual, todos se equivocaron.

Ni Obama era el primer candidato negro, ni él ni Hillary eran tan distintos de Bush (h), ni estas elecciones representaban una ruptura y un retorno a la “tradición democrática”. En general, buena parte de los observadores, a través del mundo, tendieron a convalidar lo que los medios norteamericanos decían de su propio país, y, por ende, cumplían la función de voceros y difusores de la hegemonía dominante. Pero aquí hay que señalar que debemos alejarnos de toda noción burdamente conspirativa. No se trata de un cónclave en el sótano de la Casa Blanca que estudia cómo manipularnos mejor. Se trata de una serie de criterios comunes, consensuados y contruidos a través del tiempo. Sólo así podemos suponer que Bill Clinton fue una ruptura “por izquierda” y que era muy distinto de Reagan.

Buena parte de los analistas e historiadores, durante las últimas dos décadas, han considerado que en lo económico Estados Unidos no sólo ha sido saludable sino básicamente exitoso. Así, la gran mayoría estaba de acuerdo cuando, el 8 de junio de 2007, el grupo de los ocho países más ricos (G8) declaró que “la economía mundial está en buenas condiciones y

* George Walker Bush, presidente de Estados Unidos (2001-2009), hijo de George H. W. Bush (presidente entre 1989 y 1993).

su crecimiento se encuentra distribuido de forma más equilibrada a través de las regiones". Y agregó que habría "un suave reajuste de los desequilibrios globales que debería ocurrir en un contexto de un crecimiento económico sostenido y robusto".¹ Dos meses más tarde, los principios de un terremoto financiero sacudieron al mundo cuando se reveló la crisis de las hipotecas *subprime* en Estados Unidos y que el FMI describió como "la mayor crisis del sistema financiero desde la Gran Depresión de 1929".² Los economistas del G8 se habían olvidado de mencionar el problema de la especulación financiera que generó, como dijo el economista Paul Krugman, que el precio del barril de petróleo se duplicara aunque el consumo global no hubiera aumentado mayormente. Pero lejos de aprender su lección, un año más tarde, el periodista argentino Jorge Castro, con su habitual capacidad analítica, planteó a principios de 2008 que la economía norteamericana era saludable ya que "la recesión sólo se manifiesta, por ahora, en cinco de los 50 estados".³ Escasos treinta días después se anunció la crisis de Bearn Sterns.

El resultado del consenso anterior, sin considerar los datos de la realidad, es que casi todos los analistas opinan que las últimas dos décadas han sido de una hegemonía incuestionable por parte de Estados Unidos. Si bien esto en parte es cierto, también lo es que esta hegemonía presenta una cantidad de problemas de fondo. Sin embargo, las pocas voces que se referían a los problemas implícitos en las políticas económicas y sociales de Reagan, o en la burbuja de la economía *puntocom* de Clinton, en el mejor de los casos no eran tomadas en cuenta, o en el peor, eran consideradas como remanentes de la era soviética. Incluso, aquéllos, como los autores de este libro, que se atrevieron a plantear que la hegemonía norteamericana después de la caída de la URSS era mucho más débil de lo que parecía⁴ eran puestos en duda. Sin embargo, los hechos demuestran que Estados Unidos está en problemas y que los desafíos a su poderío son cada vez mayores y más complejos.

1 *The Guardian Weekly*, 11 de julio de 2008.

2 Un *crédito subprime* es una modalidad crediticia del mercado financiero de Estados Unidos que se caracteriza por tener un riesgo superior a la media del resto de los créditos. El término fue popularizado por los medios de comunicación durante la crisis de 2007 y hace referencia a aquellos que recibían préstamos sin tener las garantías, o el respaldo comúnmente aceptado por las entidades financieras. Estos préstamos no fueron creados para individuos con bajos recursos. En realidad, eran préstamos temporarios para facilitar la especulación en el Mercado inmobiliario, por lo que generaron una burbuja en los precios y valores de los bienes inmuebles y raíces.

3 Jorge Castro, "Hillary, Obama y McCain, bajo la lupa", *Perfil*, Buenos Aires, 10 de febrero de 2008.

4 Pablo Pozzi, *Luchas sociales y crisis en Estados Unidos (1945-1993)*, Buenos Aires: El Bloque Editorial, 1993. Y Pablo Pozzi y Fabio Nigra, *Huellas Imperiales. Estados Unidos de la crisis de acumulación a la globalización capitalista*, Buenos Aires: Imago Mundi, 2003.

Nuestro objetivo aquí ha sido retomar y profundizar los planteos realizados hace ya cinco años en una obra anterior⁵. Así, uno de los temas que recorre este libro es que Estados Unidos ha estado al borde del colapso económico durante buena parte de las últimas dos décadas. Debería quedar claro que ése no es un colapso similar al de la Argentina, Turquía o México. Por un lado, un colapso de la economía norteamericana equivale, hoy por hoy, a uno de la economía mundial. Por otro, Estados Unidos tiene herramientas, poderío y una magnitud económica para impedirlo, o por lo menos para dificultarlo. El resultado es que ha habido, no un colapso - más allá de crisis agudas como la de Enron o la de Bearn Sterns-, sino una declinación lenta pero constante con leves momentos de repunte. Éste es el resultado de una estructura social de acumulación perimida pero no fenecida, cuya ineficiencia deteriora aún más la situación, mientras que hace más difícil el surgimiento de otra nueva en condiciones relativamente tranquilas.

Asimismo, se habla del “deterioro o la declinación de la hegemonía y el poder norteamericanos”. Este concepto siempre es relativo. El deterioro de un poder implica que éste tiene problemas, o es menor que en algún momento previo. En este caso, coincidimos con Zbigniew Brzezinski. El poder norteamericano era omnímodo en 1992, más por la debilidad de las otras potencias que por virtudes propias. En cambio, en 2008, sus problemas económicos, sus fracasos militares (sobre todo en Irak), el estancamiento de la propuesta del ALCA, las dificultades con sus aliados de la OTAN, más la emergencia de competidores nuevos (China e India) o la reaparición de algunos viejos como el Japón y Rusia, implicaban claros límites a este poder. Esto no significa decir que Estados Unidos es “un tigre de papel” o que está a punto de colapsar como potencia mundial. Nada más distante de la realidad. Lo que sí significa es que en los casi veinte años desde el colapso de la Unión Soviética, Estados Unidos se encuentra ante una situación sumamente compleja, cuya tendencia es ir hacia un mundo tripolar (Estados Unidos, Unión Europea y Japón); y que podemos vislumbrar los desafíos chino e hindú hacia ese mundo tripolar que aún no se ha terminado de conformar. Al mismo tiempo, el hecho de que los gobiernos de Clinton y los dos Bush hayan tendido a la desestabilización de los posibles competidores ha creado una situación donde el desestabilizado también ha sido Estados Unidos.

Otro tema que también recorre esta obra es que el mundo ha cambiado desde la década de los 60. La transformación es más fácil de visualizar si tomamos en cuenta la globalización en las comunicaciones. Pero lo fundamental de esta cuestión ha sido la transaccionalización de las economías.

5 Pablo Pozzi y Fabio Nigra (comps.), *Huellas imperiales. Estados Unidos de la crisis de acumulación a la globalización capitalista 1929 a 2000*, Buenos Aires: Imago Mundi, 2003.

La concentración económica y el crecimiento desmesurado de las corporaciones multinacionales han creado una nueva realidad capitalista, jamás antes vista, aunque vislumbrada ya hacia 1900 por los revolucionarios reunidos en la Segunda Internacional. Este cambio en la estructura económica significa, además, que los Estados que emergieron con la Revolución Industrial y la conformación de los mercados nacionales son hoy insuficientes para responder a las necesidades de un capital sin bandera. Tampoco ha surgido nada que pueda denominarse un Estado supranacional. Y aquellos que pretenden ver en Estados Unidos ese Estado olvidan que buena parte de sus decisiones políticas se toman en función de intereses y contradicciones locales. En otras palabras, la política exterior norteamericana puede ser explicada por la metáfora que es “formulada en Kansas”.⁶ A su vez, queda muy en claro que la burguesía mundial tiene fracturas, y que varias fracciones delegan su representación en el Estado nacional norteamericano. Para nosotros este fenómeno tiene reminiscencias del Estado absolutista que surgió en la etapa de transición del feudalismo al capitalismo. Debería quedar claro que no es lo mismo, pero es lo que más se asemeja a la situación actual. Esto implica que las contradicciones sociales y económicas existentes tienden a agudizarse a mediano plazo hasta que, eventualmente, lleguen a una resolución que una vez más armonice la realidad económica con las instituciones estatales que la sostienen.

Por debajo de esto hay toda una discusión en torno a las medidas sociales, económicas y políticas que implementó la fracción más poderosa de la burguesía norteamericana desde el gobierno de Ronald Reagan. ¿Fueron exitosas o no? La respuesta del propio Reagan deja mucho que desear: “Ellos perdieron, nosotros ganamos”. Ésa es, por lo menos, una visión simplista de la realidad. Es cierto que el colapso de la URSS implicó un triunfo capitalista sobre los desafíos planteados durante 75 años por el comunismo y la izquierda. Sin embargo, nuestro argumento es que eso no resolvió los problemas en la acumulación de capital de Estados Unidos; inclusive pudo haberlos agudizado. Asimismo, tampoco puso fin a la lucha de clases. La caída de la URSS permitió que hicieran eclosión una serie de contradicciones intraburguesas, que surgieran nuevos y más complejos desafíos, y que las debilidades de la forma de acumulación norteamericana salieran a la luz del día. Es por eso por lo que, desde hace dos décadas, la economía mundial se estremece con recurrentes crisis económicas como las del efecto Tequila o el Vodka, la crisis de Turquía, los problemas de los “tigres asiáticos”, y, por supuesto, la inoperancia del FMI y otros organismos internacionales frente a la crisis argentina.

⁶ Thomas Frank, *What's the Matter with Kansas?* New York: Henry Holt and Co., 2004. No se hace referencia a las características particulares de este estado, sino más bien a intereses y contradicciones internas de lugares tradicionales y típicos como Kansas.

Las políticas que generaron esto, iniciadas con Reagan, han sido denominadas indistintamente neoliberales o neoconservadoras (también llamadas *reaganianas* o *neocon*). Los norteamericanos prefieren este último término, puesto que el liberalismo es entendido como aquellas posiciones vinculadas al estado de bienestar social. En cambio, para buena parte del mundo, en particular para los latinoamericanos, el liberalismo hace referencia a la libertad de comercio y del mercado, por lo que prefieren el primer término. En esta obra se usan ambos sin distinción. En la actualidad, liberales y conservadores norteamericanos detentan posiciones muy similares. Ambos sustentan una ideología que reivindica la libertad del mercado, y también defienden aquellas partes del estado de bienestar que no hacen a la cuestión social, como por ejemplo, una gran estructura de subsidios al agro y a la industria.

Otro tema que subyace en este libro es el cuestionamiento respecto de una serie de políticas lesivas a los propios intereses de la población norteamericana que, sin embargo, goza de consensos mayoritarios. Por ende, hemos planteado una serie de ideas en torno al problema de la hegemonía y el consenso. Estados Unidos dista mucho de ser una nación democrática en casi ninguna acepción del término, a menos que queramos vaciar el concepto *democracia* de todo contenido que lo relaciona con la incidencia de una población en las decisiones de su gobierno. Es notable que George W. Bush, uno de los presidentes más desastrosos en la historia reciente norteamericana, retuviera opiniones favorables de más del 30%; o que Reagan, mientras destruía la vida de millones de familias norteamericanas, haya sido un presidente popular; y ni hablar de que muchos intelectuales a través del mundo consideren a ese país como una nación democrática. Pensamos que esto se debe a una hegemonía que se construyó cuidadosamente a fines del siglo XIX y que aquí hemos denominado la “democracia del deseo”. Al mismo tiempo, opinamos que esa hegemonía se sustenta en una cultura premoderna que ha dado pie a un Estado de características fuertemente teocráticas.

Lo anterior ha generado una contradicción entre el sentido común implícito en la percepción aceptada de Estados Unidos y sus prácticas sociopolíticas a través de dos siglos de historia. De hecho, la nación que es considerada el parangón de la democracia ha sido una de las más bárbaras del planeta desde la época colonial. La primera guerra biológica la ejercieron los colonos en América del Norte cuando entregaron mantas infectadas con viruela a las poblaciones indígenas; la primera “limpieza étnica” del continente americano fue la “remoción” de los Cherokees en 1829; los primeros campos de concentración en la historia de la humanidad los estrenó el ejército norteamericano durante las huelgas de mineros en 1892; la frase “los salvamos aniquilándolos” fue hecha por un oficial norteamericano durante la Guerra de Filipinas en 1900; la única potencia

que utilizó la bomba atómica, no una sino dos veces, fue Estados Unidos; el principal impulsor y sostén de dictaduras a través de la historia ha sido el gobierno norteamericano; el fundamentalismo religioso, el racismo y el antisemitismo son parte integral de la cultura de su ciudadanía; el gobierno ha llevado adelante numerosos experimentos con su propia población dignos del Dr. Mengele;⁷ sus gobernantes le mienten cotidiana y abiertamente; está comprobado el fraude electoral tanto en 1876, 1960 y 2000; y su sistema electoral contiene tantas irregularidades que no sería considerado como transparente por ningún observador objetivo. Y, sin embargo, su población (y de hecho muchísima gente a través del mundo) considera a Estados Unidos como una democracia ejemplar, protectora de las libertades y defensora de los Derechos Humanos. La contradicción entre sus prácticas y su discurso es flagrante e ignorada por gran parte de sus integrantes. Stalin sacrificó a millones de seres humanos con sus políticas socioeconómicas, cierto. ¿Cuántos millones murieron y mueren como resultado de las políticas impuestas por el poderío norteamericano?

El capitalismo y sus voceros difunden una versión edulcorada de la historia y no tienen problemas en silenciar hechos molestos. Por ejemplo, Domingo Faustino Sarmiento llegó a Estados Unidos en 1847 y fue deslumbrado por lo que vio. Insólitamente, en época de conflictos religiosos entre católicos y protestantes, Sarmiento consideró que “la tolerancia se muestra en la impasibilidad con que un metodista oirá contradecir sus dogmas por un católico y viceversa”.⁸ Incluso, sorprende que de la época de la guerra de conquista contra México, de los motines por la versión de la Biblia en Filadelfia, de las masacres de los Seminolas en Florida, y de la expulsión de los indios norteamericanos hacia el Oeste, Sarmiento opine que “el espíritu puritano ha estado en actividad durante dos siglos, y marcha a darse conclusiones pacíficas, conciliadoras, obrando siempre el progreso sin romper la guerra con los hechos existentes, trabajándolos sin destruirlos violentamente”.⁹ Sarmiento no fue ni el único ni el último; hoy en día, esta visión con anteojeras se repite en buena parte de nuestros analistas. Como expresó León Trotsky: “Es sorprendente la facilidad y solidez con que leyendas conquistan un lugar en la ciencia de la historia”.

Este libro está estructurado en varios capítulos que combinan un desarrollo cronológico con el estudio de problemas específicos. El período histórico que hemos abarcado comienza en la presidencia de Ronald Reagan y finaliza en la actualidad, y se hacen las necesarias referencias y vinculaciones con fenómenos que datan de otros momentos históricos. Elegimos

7 Para los que pongan esta afirmación en duda, véase Alexander Cockburn y Jeffrey St. Clair, *White Out: The CIA, Drugs and the Press*, London: Verso Books, 1998.

8 Domingo Faustino Sarmiento, *Viajes*, Buenos Aires: Editorial de Belgrano, 1981, pág. 514.

9 *Ibid.*, pág. 5.

comenzar con la presidencia de Reagan por la simple razón de que consideramos que fue allí donde empezaron a manifestarse los problemas en la estructura social de acumulación de Estados Unidos. Las medidas tomadas por éste, lejos de resolver el problema, lo agudizaron y lo hicieron explícito, lo que generó tanto una pugna entre sectores de la burguesía como un abrupto y rápido descenso en el nivel de vida de la mayoría de su población. Asimismo, la política *neoon* iniciada por Reagan también inauguró una era de capitalismo salvaje no vista desde la concentración económica de fines del siglo XIX que dio pie al surgimiento del imperialismo. La obra culmina en las postrimerías de la presidencia de George W. Bush, sin embargo, creemos que no se trata de la historia “reciente”. En realidad, la historia no es un problema del tiempo pasado sino que es “un estudio del ser humano, en sociedad, a través del tiempo”. O sea, pensamos que ésta es una obra histórica a secas, y que toda historia es “historia reciente”. Como dice Lucien Febvre: “El hombre no se acuerda del pasado; siempre lo reconstruye. El hombre aislado es una abstracción. [...] Arranca del presente y a través de él, siempre conoce e interpreta el pasado”.¹⁰ Aquí comenzamos desde el presente para articularlo con el pasado en búsqueda de explicaciones que nos sirvan para el futuro.

10 de octubre de 2008

10 Lucien Febvre, *Combates por la historia*, Barcelona: Ariel Quincenal, 1974, pág. 32.